

BEATRIZ BRAGONI

CONSPIRACIONES

**NOTICIAS FALSAS Y JUSTICIA
REVOLUCIONARIA EN EL
ORIGEN DE LA ARGENTINA**

COLECCIÓN BITÁCORA



Índice

Introducción	11
Capítulo 1. Panfletos infames o sediciosos	23
La guerra de pluma	25
Conspiración y vigilancia	45
Gloria y crimen	53
Capítulo 2. El torrente de la opinión pública.....	61
Acusaciones cruzadas.....	69
El sistema de información oficial en jaque	80
Capítulo 3. Un rey francés para el Río de la Plata	89
Los planes monárquicos	99
Tensiones extremas	109
Capítulo 4. El <i>affaire</i> de los franceses y el delito	
de lesa patria.....	113
Corregir al abate Du Pradt	120
Juicio y castigo	127
La debacle del monarquismo	135
El mal recuerdo de la monarquía	145
Notas	151
Referencias bibliográficas.....	159
Archivos	159
Colecciones documentales.....	159

Impresos y periódicos consultados	160
Memorias y ediciones de época	161
Bibliografía	163

Introducción

La creación de sentido sucede en la calle y en los libros. La formación de la opinión pública sucede en los mercados y en las tabernas lo mismo que en las *sociétés de pensée*. Para entender la forma en la que los públicos les dieron sentido a los acontecimientos, es preciso llevar la investigación más allá de las obras de los filósofos y llegar a las redes de comunicación de la vida diaria.

Robert Darnton, 2008

1.

Las revoluciones de independencia sudamericanas suelen ser narradas por sus conquistas políticas y militares contra los defensores del rey y la monarquía española. En esos relatos afloran el accionar de los grandes hombres o líderes revolucionarios, sus trayectorias, las ideas y proyectos políticos que ensayaron para sentar las bases constitucionales de las comunidades políticas nacidas del derrumbe del Imperio español. Las narrativas o relatos de la revolución también destacan el papel de actores sociales menos famosos: el de los hombres que nutrían los ejércitos en compañía o no de sus mujeres, los que sostenían el sistema de transporte e información estratégica

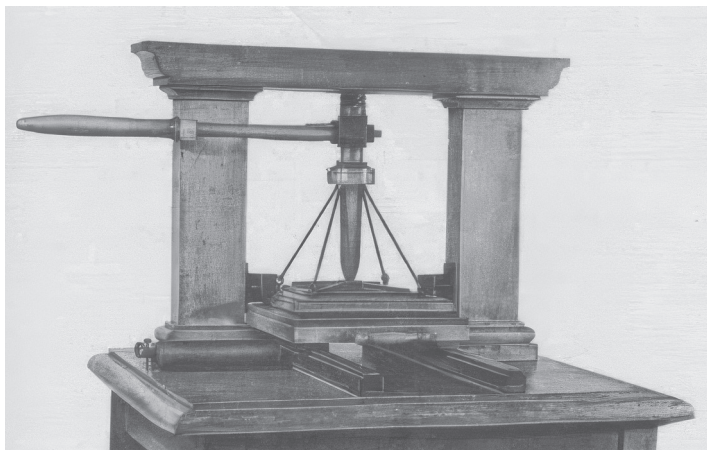
y los que vigorizaban la dinámica mercantil y las economías locales. También figuran las mujeres pobres y distinguidas, libres o esclavizadas, que se hacían cargo de sus familias ante la leva forzosa de sus parientes o el destierro de sus maridos, las que animaban las tertulias e incitaban a realizar aportes a la causa y las que intercedían ante las autoridades o magistrados de justicia para atemperar la amarga experiencia de la guerra, la emigración y la incertidumbre que atravesaba la vida doméstica, social y política.

La revolución también resulta contada a través de la sociabilidad revolucionaria, la simbología patriótica que irradió emociones y sensibilidades colectivas y el lenguaje o vocabulario político que fundamentó las razones que justificaban empuñar las armas en defensa de la Patria.¹ Este requirió el montaje de un sistema de información oficial que era sostenido por letrados, escritores públicos y tipógrafos, quienes hicieron correr regueros de tinta mediante la impresión de proclamas, manifiestos, avisos, partes de guerra, actos de gobierno, fragmentos de textos célebres, poemas u odas y noticias procedentes de otros rincones revolucionarios americanos. Con ello, pretendían inflamar el fervor patriótico y defender la justa causa de romper con el sistema colonial ante la seguidilla de agravios que se retrotraían a los tiempos de la conquista, y la debacle abierta con la abdicación de los Borbones y la entronización de José Bonaparte, la pretensión de los liberales españoles de integrar las colonias en la nación española con desigual representación en las cortes y la furiosa represión dictaminada por Fernando VII contra los insurgentes ameri-

canos una vez restaurado en el trono con la protección de la Santa Alianza.²

La prensa periódica ocupó un lugar primordial en la defensa del “sagrado sistema de la libertad” que resultaba traducido en registro religioso por los curas desde el púlpito o por los capellanes de los ejércitos.³ A su vez, la diseminación de información relativa al derrotero de las guerras revolucionarias dependía de la transmisión oral que nutría la conversación pública en tertulias domésticas, fondas y pulperías, plazas y mercados, cuarteles o campamentos militares ante la abrumadora proporción de analfabetos que nutrían sus filas. Aun así, los papeles públicos impresos en Buenos Aires no pasaban desapercibidos para los refractarios de los “insurgentes” rioplatenses con epicentro en Lima, el principal centro de recursos de la contrarrevolución, ni tampoco para editores y publicistas que vigorizaban circuitos de comunicación política que adquirirían resonancias en los principales centros de generación, traducción y diseminación de noticias relativas a los revolucionarios del sur.⁴ Así lo fundamentó el director Pueyrredón en 1817 cuando recomendó a los escritores públicos preservar la “opinión” sobre el curso de su gobierno y del doble frente de guerra que desguazaba el erario y corroía la cohesión de los cuerpos armados subordinados al gobierno general de las Provincias Unidas: la librada contra los anarquistas o federalistas del Litoral, y la que se jugaba en Chile contra los realistas que controlaban las provincias del sur y prometía extenderse al Perú al mando del jefe indiscutido del Ejército de los Andes, José de San Martín. La advertencia fue

seguida con la clausura o cancelación de periódicos que cuestionaban las decisiones gubernamentales, la expulsión de la ciudad de sus editores y la estricta vigilancia sobre sus aliados con el fin de evitar la proliferación de información que afectara la reputación del gobierno rioplatense en tanto las noticias de Buenos Aires eran recogidas en “retazos” por la prensa chilena y peruana, y conseguían llegar a Baltimore, Londres, París o Madrid.⁵



Ejemplo de una antigua prensa tipográfica manual de madera. En este caso, aquella que se utilizó para imprimir la *Aurora de Chile* en 1812, primer periódico de la historia republicana del país. Imagen custodiada en el Archivo de la Biblioteca Nacional de Chile. Fuente: Portal Memoria Chilena.

El alcance y gravitación de la propaganda oficializada no era un asunto menor para Pueyrredón y el círculo gubernamental en vista a la reciente declaración de la independencia de

las Provincias Unidas de Sud-América, el debate que dividía aguas en el Congreso entre los partidarios de fundar repúblicas o monarquías constitucionales y las negociaciones diplomáticas entabladas ante Gran Bretaña y los soberanos europeos para obtener el reconocimiento internacional.⁶ Se trataba de un momento de extrema tensión en tanto los gobiernos independientes enfrentaban el asedio de los realistas desde Lima y el sur chileno, la ocupación portuguesa de la Banda Oriental, la guerra liderada por José Artigas y los líderes federales del Litoral contra el gobierno con sede en Buenos Aires, el escenario abierto con la restauración legitimista en Europa continental y las tratativas de erigir la monarquía constitucional en el Río de la Plata y en Chile como torniquete preferencial para domesticar las revoluciones, restablecer el orden social y refundar la antigua unidad imperial. No resulta fortuito reponer sus cavilaciones en medio de la marea contrarrevolucionaria que azotaba ambos mundos. A esa altura, el trayecto de las Provincias Unidas y el del flamante Estado chileno se habían convertido en motivo de conversación en torno a la forma de gobierno más adecuada para gestionar el poder independiente y sentar las bases constitucionales de los gobiernos libres que dividía aguas entre el “sistema de reyes” y el republicano-democrático. Alrededor de ese péndulo ha girado buena parte de la historiografía contemporánea en cuanto condensa debates cruciales, entre los que sobresalen las derivas del liberalismo hispánico, la indeterminación de las formas de gobierno en el curso de las guerras revolucionarias, las tratativas diplomáticas de los sudamericanos para

obtener el reconocimiento internacional y consolidar la independencia bajo el formato monárquico constitucional, el carácter poliédrico y experimental de los ensayos republicanos y la fluidez, traducción y circulación del credo liberal enancado en las convenciones del Congreso de Viena.⁷ Otro tanto ha ocurrido sobre los trayectos y las sociabilidades de los emigrados refractarios de la Restauración junto con la movilidad y circulación del personal militar entre América y Europa, el activismo de sociedades secretas, la proliferación de conspiraciones y las respuestas dadas por los gabinetes de los soberanos y sus embajadores que incluyeron el espionaje o la represión.⁸

Pero la recomendación del director Pueyrredón estuvo lejos de ser cumplida. En los meses que siguieron a la difusión del manifiesto en el que había bregado por un ejercicio responsable de la libertad de imprenta, tomó conocimiento de las operaciones conspirativas pergeñadas en Montevideo por un grupo ecléctico (o de circunstancias) conformado por emigrados chilenos, proscriptos y desterrados, y antiguos devotos de Napoleón I, coaligados en la empresa de denunciar las desviaciones de los principios liberales de su gobierno, atacar al chileno y forzar la salida de San Martín de la conducción de la guerra continental. Lo hicieron a través de una política de propaganda clandestina y mordaz que tenía como principal artefacto la Imprenta Federal, regentada por el patriota chileno José Miguel Carrera y secundada por calificados tipógrafos que habían vigorizado la prensa porteña. Los papeles “incendiarios”, como fueron conocidos, pusieron en vilo a los directoriales porque conseguían burlar la vigilancia policial convirtiéndose en comida de comentarios, chismes y rumores

que ponían en duda la conducta pública de los administradores del poder independiente en ambos lados de la cordillera. Las “noticias falsas”, como las definió el mismo Pueyrredón, hacían hincapié en la sumisión del Congreso soberano a los intereses del director supremo y de la Gran Logia que controlaba los resortes del poder, vicios en la administración de justicia, la supresión de la libertad de expresión, la intromisión del gobierno rioplatense en la vida política chilena, las tratativas monárquicas para coronar un príncipe borbón en las tierras del Plata y la maquinaria de espionaje y persecución de los opositores a uno y otro lado del macizo andino.

Los impresos subversivos no solo exigieron a los publicistas afines al círculo gubernamental refutar sus argumentos en la prensa rioplatense y chilena. También afectaron el desempeño del ejército en Chile antes y después del éxito militar de Maipú, y condujo a las autoridades a tomar decisiones políticas que impactaron en la opinión pública. Estas cobraron densidad en 1818 y 1819 cuando los hermanos Luis y Juan José Carrera y los franceses Charles Robert y Jean Lagresse fueron condenados a muerte por tribunales, comisiones militares y fiscales de dudosa prosapia, quienes aportaron pruebas de los “actos sediciosos” en los que estaban comprometidos junto con una extendida, aunque laxa, red de conspiradores que se proponía destituir las autoridades de Buenos Aires y Santiago de Chile.

El proceso criminal de los Carrera y el *affaire* de los franceses, como se lo conoce, constituyeron acontecimientos de altísimo voltaje político e historiográfico en tanto instalaron

un cono de sombras alrededor de las conductas públicas y la reputación de los Libertadores. Muchas veces esos sucesos suelen ser pasados por alto u olvidados, ocupan notas al pie de página o son atribuidos a desempeños erróneos de los “infelices” o víctimas, anteponiendo las virtudes o aciertos de sus rivales en el trayecto triunfante de la revolución rioplatense y la emancipación sudamericana. Con diferentes tonalidades esas imágenes figuran en las narrativas de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López o Diego Barros Arana, aunque resultan disonantes del influyente relato que Benjamín Vicuña Mackenna dedicó al suplicio de los Carrera en el Río de la Plata, el cual despertó intensas controversias entre testigos, cronistas e historiadores y contribuyó a sedimentar el zócalo de la historiografía académica chilena y argentina. La restitución e interpretación de los pormenores de la conjura y la drástica resolución de la justicia revolucionaria en aquella hora crítica sería abordada por los historiadores Joaquín Pérez y José Luis Busaniche, quienes no dudaron en atribuir a los papeles salidos de la Imprenta Federal un papel determinante en el desplome del orden directorial, el cual fue precedido por la controvertida renuncia de San Martín a la jefatura del ejército de los Andes que gravitó en el eclipse de las Provincias Unidas de Sud-América en 1820.

2.

Este libro recupera esa brasa caliente de la historia de la revolución rioplatense y chilena con el objetivo de reponer las ca-

racterísticas y el funcionamiento del sistema de información revolucionario que interrelacionaban los papeles públicos en Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile entre 1818 y 1820, y su relación con la toma de decisiones políticas y judiciales de los directoriales para domesticar (o exterminar) las voces opositoras.⁹ Este propósito resulta heredero de las biografías políticas que dediqué a José Miguel Carrera y José de San Martín, a través de las cuales aprecié el pulso de la rivalidad o el antagonismo político en el corazón del poder revolucionario y su fatal desenlace (Bragoni, 2012 y 2019). Esa razón justificaba concentrar la observación en los impresos clandestinos como retícula explicativa y narrativa de su impacto en el sistema de información oficial, que como adujo un editorialista de *La Gaceta de Buenos Aires*, era replicado por la prensa chilena, peruana, norteamericana y europea.

Esa señal incitaba a ampliar la consulta de documentación en archivos y bibliotecas físicas o virtuales siguiendo las huellas de los conspiradores o de sus informantes a la luz de las recomendaciones del gran historiador de la revolución francesa, Robert Darnton (2012 y 2025), y de los cultores de la historia cultural de la política y las independencias hispanoamericanas y rioplatense. Las pistas de la cadencia conspirativa, la interrelación entre la política editorial oficial y los impresos de Montevideo y sus resonancias en los circuitos de comunicación política transatlántica fueron consultadas en el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de Buenos Aires, el Museo Histórico Nacional del Uruguay, los Archivos Diplomáticos de París, la Biblio-

teca Nacional de Madrid, el Archivo General de Indias, las maravillosas bibliotecas de la Casa Velázquez de Madrid y de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina, el portal Memoria Chilena, el repositorio PARES y de los correspondientes a la prensa estadounidense y británica. En todos los casos, agradezco a su personal las orientaciones y gentilezas recibidas. Mi agradecimiento se extiende a las instituciones académicas que, en medio del asedio a las Humanidades, facilitaron que la investigación llegara a término. Entre ellas sobresalen la Casa de Velázquez de Madrid, la Fondation Maison de Sciences de l'Homme (FMSH) de París, la Asociación Universidades Grupo Montevideo (AUGM) y el CONICET.

Naturalmente, el libro expone resultados de una investigación de largo aliento que hubiera sido menos gratificante si no hubiera mantenido riquísimos comentarios y aprendizajes con amigas y colegas generosos: Natalio Botana, Armando Cartés, Fernando Devoto, Ana Frega, Noemí Goldman, Pilar González Bernaldo de Quirós, Sara Mata, Hilda Sabato, Marcela Ternavasio, la recordada Marcela Tejerina, Clément Thibaud y Geneviève Verdó. A Fernando Fagnani y el equipo editorial de Edhasa agradezco la renovación de confianza en mis investigaciones sobre el laberinto de la revolución rioplatense y sus actores. Mi agradecimiento se extiende a María Inés Rodríguez Aguilar y Ezequiel Canavero por haber facilitado el acceso a colecciones del Museo Histórico Nacional.

Como siempre, mi familia constituye el principal refugio afectivo de mi labor académica, por lo que les agradezco su

INTRODUCCIÓN

apoyo y bella compañía: Eduardo, mi compañero de vida, nuestros hijos, Paloma, Santiago y Delfina, y nuestros amorosos nietos, Franca, Borja, Rosa y Félix, que alegran mi alma.